

VERDADES CON MUSICA

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

Sí alguien nos «canta las verdades» —esas que no se sabe por qué siempre son cuatro—, o reaccionamos como un gato al que pisan la cola, o escuchamos con el aire ausente del que oye llover. Si hay algo que soportamos realmente mal es que nos critiquen, que nos «canten» la verdad de nuestros defectos.

Sin embargo, no está demás escuchar canciones semejantes. Esto se nos ha ocurrido oyendo una de las más famosas creaciones de Charles Aznavour: «Tu te laisses aller». En ella el pequeño armenio de voz a punto del sollozo, reducida talla y talento de tamaño excepcional, se dirige a una mujer. A todas, en realidad.

Se queja de ese «dejarse ir» a la rutina, al descuido, que a menudo nos acomete después de casadas.

Durante el período del noviazgo ningún traje nos parece bastante bonito, ningún maquillaje suficientemente minucioso para presentarnos delante de «él». Pero luego de la boda, muchas veces...

«...las medias cayéndote sobre los zapatos,
la bata mal cerrada y los bigudis... ¡Qué traza!»

Eso dice Aznavour en su canción, lleno de nostalgia por la muchacha «que me gustó tanto, que me enamoró y a la que entregué mi vida entera».

«¿Dónde está esa chica que me hizo tan feliz?», se pregunta luego. Está ahí, a su lado; pero desfigurada por la vieja bata y los dichosos bigudis; por la indiferencia y la crema puesta a deshora; por el humor agrio y los kilos que ha acumulado a fuerza de no hacerles caso.

Muchas mujeres pensarán que no es posible vivir con un hombre y ofrecerles constantemente una imagen como de modelo lista para salir en la portada de un «Vogue». Pero él no pretende tanto. No es tan difícil, con un poco de organización e interés, ofrecerle un aspecto simplemente agradable. Por ejemplo, si hablamos de...

BIGUDIS Estos pequeños aparatos de tan inofensivo aspecto, han causado más estragos en la felicidad de los matrimonios que el escarabajo en un campo de patatas. Cuando nos los ponemos, no pensamos en lo horrorosos que son, sino en el delicioso peinado de última moda que luciremos después. Pero no tenemos derecho a pedir a nuestros maridos tal derroche de imaginación. Ellos, lo que ven, es a sus mujeres convertidas en una especie de marcianas recién aterrizadas, sin pizca de atractivo.

Para ir bien peinadas no es necesario ir todos los días a la peluquería ni aterrorizar a los maridos. Con una hora que estén colocados los bigudis, ya es bastante. Pues escogerla entre las que él está fuera de casa. Si, además, se cubren con un pañuelo bonito, anudado con gracia, mejor que mejor. Por si acaso ha olvidado algo y aparece de improviso...

BATA Desde luego tenemos que reconocer que no es posible explicar razonablemente ese amor extraño y apasionado que sentimos, cada día más, hacia esa bata vieja y descolorida. Cada mañana, al estirar el brazo para cogerla decimos invariablemente: «Tengo que desecharla. Está fatal. Pero... ¡es tan cómoda! ¡Tan calentita...!». Y nos «dejamos ir» a la comodidad de la prenda hecha ya a nosotras como una segunda piel, sin pensar que nos da el terrible aspecto de una foca madura y sin quitárnosla hasta bien entrado el mediodía... por lo menos.

Ningún presupuesto, por reducido que sea, irá a la ruina por disponer de dos batas de casa para poder usar en cualquier momento —de modo que una esté siempre recién lavada y planchada— hechas en telas alegres que nos favorezcan en vez de afearnos.



KILOS Vienen poco a poco, solapadamente. Y se instalan ya con todo descaro después del primer niño o de la primera convalecencia. «A los hombres les gustan las gorditas», decimos para justificarnos la primera vez que nos vemos obligadas a mandar todos nuestros trajes a la modista para que les saque las costuras. Y tratamos de olvidar cómo éramos de delgadas cuando él nos conoció porque nos fastidia privarnos de los «petit-choux» de chocolate, que están riquísimos.

«Si quisieras hacer un esfuerzo, todo volvería a ser como antes. Haz un poco de gimnasia y arréglate delante del espejo...». Sigue la canción, muy sensatamente. Porque más vale quedarse sin pasteles, que sin marido.

HUMOR «Maquilla también tu corazón, trata de mostrarte gentil...» Y llegamos a la última de las verdades —que miren por dónde también han resultado cuatro— y quizá la que se deba escuchar con oídos más abiertos. «Estamos en familia... Hay confianza...». Y con frases parecidas tratamos de justificar no sólo nuestro desaliñado aspecto, sino los saltos de humor, la falta de cortesía, las contestaciones agrias que crean una atmósfera odiosa en el hogar.

Un toque de «rouge» en los labios, otro de gentileza en el corazón, harán que volvamos a ser esa muchacha que nuestros maridos guardan, amorosamente, en el lugar del mejor recuerdo.